

der ser visto, el menor movimiento que hiciese Velazquez.

Velazquez, creyéndose solo se dirigió á la puerta de la iglesia, pero su asombro fué grande cuando vió que la señal estaba ya hecha, conoció que un enemigo hábil habia penetrado su secreto, y éste no podia ser mas que Nuño, que se presentaba en todas partes como su sombra. La rabia y la desesperacion se pintaron en su semblante. Al encontrarse con Nuño habia dejado escapar el momento mas oportuno para librarse de un enemigo que tan tenazmente le perseguía. Viendo perdido su primer proyecto, se dirigió en busca de los arqueros para sitiar la casa de maese Romero, en donde tal vez encontraria á los conjurados. Al salir de la plaza, dos embozados entraban por la parte opuesta, eran el conde de Tabira y don Fadrique, se llegaron á la puerta de la iglesia, y al observar la señal el conde de Tabira dijo dirigiéndose á don Fadrique:



Sino dejais franca la calle, vereis como mi acero la despeja.—Pág. 44.

—Señor, estamos perdidos, Nuño no debe estar lejos, la señal de que nos amenaza un gran peligro está hecha en la puerta de la iglesia; huid, señor, no os detengais, tal vez un minuto que retardeis vuestra marcha hará perder nuestra causa, y tal vez vuestra vida.

—¿Pues cómo es que Nuño no se ha presentado?

—Señor, la señal es reciente, no debe estar muy lejos de aquí, como vereis.

Sacó un pito de plata de su escarcela, y poniéndosele en la boca dió tres silbidos sordos y penetrantes, imitando el chillido de las aves nocturnas. En aquel momento un bulto negro se dirigió hacia ellos, y Tabira reconoció á Nuño.

—Nuño, ¿qué ocurre? ¿qué peligro nos amenaza? responde pronto, dijo el conde de Tabira.

—Señor conde, hemos sido vendidos, mas de cien arqueros rodean en estos momentos la villa; el maldito herrero que contuvo el motin en Sevilla es el que los manda; hace

un instante estaba en la plaza, y tal vez ahora ande buscando sus arqueros para dar un golpe y caer de improvisto sobre nosotros. Don Fadrique tiene preparados dos caballos junto á la ermita fuera de la villa; es necesario que se ponga en salvo. Yo me retiro y voy á seguir los pasos de Velazquez, á quien creo podré regalar esta noche una cuarta de daga.

El conde don Fadrique y Tabira siguieron los consejos de Nuño; en la ermita encontraron dos caballos. Don Fadrique montó en uno, y un escudero de toda su confianza en el otro, emprendiendo el galope hacia la ciudad de Córdoba: don Fadrique se habia salvado. El conde de Tabira se dirigió á casa de maese Romero para avisar á los demas conjurados que estaban allí reunidos, pero al tocar el aldabon de la puerta se vió fuertemente sujeto por dos arqueros.

Los demas conjurados fueron todos pasados á cuchillo, sin que las súplicas ni las ofertas hiciesen vacilar un momento las terribles espadas de los arqueros de Velazquez. Al dirigirse éste á la casa de maese Romero para acabar con los conjurados, y despues de haber dado las órdenes á los arqueros de sitiar la casa, se dirigia solo á la parte opuesta á reconocer si tenia alguna salida secreta. De repente un hombre se lanza sobre él con un puñal en la mano. Velazquez, sorprendido al pronto, retrocede dos pasos, echa mano á su puñal y se prepara á caer sobre el que tan traidoramente le habia acometido. Su enemigo al ver este movimiento hace que retrocede, viniendo á caer de improvisto sobre Velazquez para clavarle el puñal en la espalda; la hoja penetra por el vestido, pero salta hecha pedazos.

—¡Ah traidor! llevas cota de malla, veremos si resiste á mi espada como ha resistido á mi puñal, dijo el asesino sacando la espada.

Velazquez imitó su ejemplo desenvainando la suya. Las dos espadas se cruzaron; á sus violentos choques los aceros despedían chispas. Pronto la espada de Velazquez cayó echa pedazos al suelo. Viéndose desarmado arroja la espada, empuña la daga, se agarra á brazo partido á su enemigo, y los dos cayeron rodando al suelo. Velazquez cayó encima, y aprovechándose de la ocasion pone la rodilla encima del pecho de su rival y le hunde la daga en la garganta.

—Perdon, esclama éste al sentir el frio del acero penetrar en la carne.

—Para el asesino no hay perdon, contestó Velazquez inclinándose para reconocer mejor las facciones de su enemigo. Grande fué su admiracion cuando reconoció á Nuño, el que habia jurado matarle.

—Os ha salido la cuenta fallida, buen escudero, exclamó con ironía, jurásteis matarme y soy yo el que os mata; como les salga la cuenta á los demas conjurados igual, poco tiene que temer el rey don Pedro.

Limpio su daga en el vestido de Nuño, la envainó y fue á reunirse con los arqueros. A la mañana siguiente toda Sevilla oía consternada la relacion de la muerte de los conjurados, admirando el valor del jóven nuevo capitan de arqueros, Velazquez. El rey le mandó llamar á su palacio para darle las gracias. Al salir del palacio se encontró con el asistente Juan Pascual, que apretándole con efusion la mano, le dijo:

—Eres un valiente, y me causaria orgullo el llamarte mi hijo. María te ama, y o te doy su mano.



—Gracias, padre, permitidme que desde hoy os dé este dulce nombre.

En aquel momento una triste y lúgubre comitiva atravesaba la plaza. El pregonero que iba delante decía en alta voz: «Por traidor y desleal es condenado á la última pena este hombre, y esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor. Quien tal hizo que tal pague!...»

Pocos momentos despues el cuerpo de Tabira yacia sobre un enlutado tablado, separada la cabeza por el hacha del verdugo!....

El rey en una noche y en una mañana habia quedado libre de sus mas temidos y encarnizados enemigos.

### VIII.

#### LA BODA.

Despues de la sangrienta ejecucion, el asistente Juan Pascual, acompañado del capitán Velazquez, entraba en su casa, donde María salió á recibirlos. Juan Pascual la abraza y la dice tomando su mano:

—María, aqui tienes á Velazquez, que acaba de salvar al rey, nuestro señor, y á quien he concedido tu mano.

—¡Gracias, padre mio! cuán bueno sois, dijo María arrojándose en sus brazos.

Juan Pascual lloraba enternecido al ver el efecto que habia causado en María la nueva de su felicidad. Velazquez apenas podia comprimir los latidos de su corazón, el placer embargaba su alma; así es que solo pudo pronunciar estas palabras cayendo de rodillas delante de Juan Pascual:

—¡Gracias! padre mio, ¡gracias!

María imitó el movimiento del capitán y se hincó de rodillas al lado suyo. Entonces Juan Pascual, uniendo las manos de María y Velazquez, les dijo:

—¡Hijos míos, yo os bendigo! permita el cielo que la bendición de un anciano caiga sobre vuestras cabezas, y que os haga felices como yo lo he sido. Ahora escucha lo que voy á decirte, María: imita en todo á tu virtuosa madre que desde el cielo nos está mirando; vas á entrar en una nueva época de tu vida; la virtud y la honradez es la única dote que tu padre puede darte; no te encargo mas que no olvides que eres la hija del honrado Juan Pascual, y que Marta, tu madre, te mira desde el cielo.

A tí, jóven, dijo Juan Pascual dirigiéndose á Velazquez, poco te podré decir, eres honrado, virtuoso, llevas en María un ángel puro y sin mancha; hazla feliz y no te olvides nunca, que antes de ser capitán de argueros trabajabas de oficial en la herrería de Haedo; acuérdate siempre que todo lo debes al rey, y no te dejes alucinar por la engañosa vanidad de la corte.

Velazquez y María se arrojaron en los brazos del anciano, y éste les hizo prometer que no olvidarían nunca sus consejos.

—Padre mio, os juro por mi espada, dijo Velazquez, que cumpliré fielmente vuestro mandato, y que el brazo que una vez se ha armado en favor del rey, no esgrimirá nunca la espada en contra suya. Rey afortunado ó rey desgraciado, el capitán Velazquez estará siempre á su lado.

—¡Bien, hijo mio! sé que lo cumplirás. Ahora permitidme

que me vuelva á Sevilla, donde me llaman mis penosas ocupaciones.

María dió un beso á su padre y le acompañó hasta la puerta.

—Adios, hijos míos, voy á dar parte al rey de mis proyectos, esto es, de vuestro casamiento.

—Sí, corred, padre mio, dijo María, estoy segura de que lo aprobará.

El asistente Juan Pascual montó en un caballo que un criado tenía del diestro en la puerta, y se encaminó á galope hácia Sevilla.

Luego que quedaron solos María y Velazquez, éste dijo cogiendo la mano de María:

—¡Cuán feliz soy, María!

—Y yo también! contestó ruborizada la jóven.

—¡Oh! María, mis sueños se han realizado; tu padre se ha anticipado también á nuestros deseos; todo cuanto soy, todo, todo, te lo debo á tí, ángel de amor.

—¡A mí! ¿y por qué?

—Te lo diré, María: si no te hubiese conocido, si no te hubiese amado, si mi corazón no me hubiese hecho sentir ese deseo que siempre he tenido de hacerme superior á mis amigos, á mis compañeros de taller, de sobresalir, en fin, en todo: este deseo, María, ¿quién lo hizo nacer? ¿quién lo alimentó mas que tu amor? sin él ¿que hubiese yo sido, sino un miserable herrero?

—No, Velazquez, todo eso lo debes á tu valor y á tu energía, pero no te espongas tanto.

—¡A mi energía! ¿Qué hubiese sido de ella si tu amor no la sostuviese? ¿Qué hubiese sido de mí, María, cuando el traidor de Nuño me acometió con el puñal en la mano? ¿Qué hubiera sido de mí, si tu nombre y tu memoria no me hubiese servido de escudo, cuando su puñal atravesó mi justillo y fué á romperse en mi cota de malla?... una sola idea cruzó por mi mente; no era, no, el miedo de morir, sino el miedo de perderte; esa sola idea hizo que mi brazo fuese mas fuerte que el del asesino, y que lo dejase muerto y revolcándose en su sangre á mis pies.

El galope de un caballo que paró á la puerta interrumpió esta conversacion. Era Juan Pascual que volvia de ver al rey. El rey don Pedro no solamente habia dado su consentimiento, sino que habia mandado á Samuel Levi, su tesoroero, dar mil doblas de oro y un rico collar de perlas para que sirviese de regalo de boda á María. Al capitán Velazquez le mandó con el duque de Alburquerque una primorosa espada, en cuyo puño de plata cincelada habia esta inscripcion:

*Por mi rey y por mi honor.*

Tres dias despues, en la suntuosa capilla de nuestra Señora de la Antigua se celebraban con toda pompa y solemnidad los desposorios de María y del capitán Velazquez. Todo el pueblo admiró la belleza de María y el valor del capitán; y al pasar la comitiva por delante de las damas de la corte, muchas tuvieron envidia de la felicidad de María. Concluida la ceremonia religiosa, el rey concedió al capitán la espuela de caballero, calzándosela el duque de Alburquerque. Todo sonreía al asistente Juan Pascual, pero como la dicha es casi siempre precursora del pesar, pronto un gran disgusto debia anublar la serena frente del feliz anciano.



## IX.

DOÑA SOL.

La linda y encantadora joven que vimos asomada en el balcón de una de las casas de la plaza del Alcázar, cuando el rey hizo su entrada triunfal en Sevilla, y que llamó su atención haciéndole olvidar por algunos momentos á la hermosa doña María de Padilla, hacia algunos días había sentido los efectos de la pasión que con tan vivos colores le había pintado su amiga doña Leonor de Manrique, esposa ya del duque de Alburquerque. La alegría infantil que antes se pintaba en el rostro de doña Sol, la hija del mercader Alsua, había desaparecido; ya no era aquella joven alegre y bulliciosa que despreciaba continuamente los requiebros de los mas nobles y cumplidos caballeros de la corte. Dos días habían bastado para cambiar su carácter. Una noche oyó junto á sus rejas el preludio de un laud, y una voz dulce y sonora dejó oír la siguiente canción de amor, en que el trovador hacia consistir toda su riqueza y felicidad:

Mi voz se estiende y agita  
Y apaga despues su ardor:  
Que el corazon me palpita  
Con las canciones de amor.

Toda la vida suspira  
Amoroso el ruiseñor,  
La blanca paloma espira  
En los arrullos de amor.

Errante sobre la tierra  
Vaga el pobre trovador.  
Toda su vida se encierra  
En sus canciones de amor.

Canta al son de su cadena  
El cautivo su dolor,  
Y solo alivia su pena  
Con las canciones de amor!...

Sol escuchó con atención esta trova, y cuando su dueña se preparaba á cerrar la ventana como ya otras veces lo había hecho, estuvo casi á punto de detenerla, pero triunfó su recato, se contuvo y la dueña cerró. Entonces el trovador la dirigió con voz suplicante esta reconvención:

—Hermosa Sol; ¿por qué cierras tu ventana y no oyes la voz del que te adora con delirio, de quien sin tí no puede vivir?

Sol oyó estas palabras, pues había permanecido inmóvil y como detenida por un poder sobrenatural al lado de la ventana que tan bruscamente había cerrado la dueña: prestó atención á ver si se oía otra vez el sonido del laud, y como nada se oyese, Sol exclamó:

—¡Pobre joven! habrá creído que es un desprecio que yo le he hecho; y se retiró triste y pensativa á su habitación.

Cuando las dueñas entraron á desnudarla, notando su tristeza, la preguntaron si estaba mala. Sol contestó que la dolía un poco la cabeza. Se acostó, y despidió á las dueñas diciendo que quería dormir. En toda la noche pudo descansar un momento; sentía una inquietud, un malestar que no comprendía; la voz del trovador resonaba siempre en su oído; su imagen estaba siempre presente á sus ojos.

¿En qué consistía eso? la pobre niña no se lo podía explicar; ella que tantas veces había mandado á las dueñas que cerrasen la reja cuando los trovadores habían ido á darla quejas porque no les concedía su amor: esta vez la voz del caballero que fundaba su dicha y su riqueza en sus canciones de amor, le había llegado al alma. ¡La pobre Sol estaba enamorada!...

A la noche siguiente la ventana no se cerró cuando el trovador dejó oír su voz, no solamente no se cerró sino que Sol salió á la reja y le suplicó repitiese la canción de la primera noche. Desde entonces todas las noches se vieron y se hablaron los dos amantes, haciendo cada día progresos mas rápidos el amor en el corazón de la inocente y tierna hija de Alsua.

Bien pronto cundió entre los jóvenes de Sevilla que un amante mas afortunado que ellos había conseguido ablandar el corazón de doña Sol. Al saber esto uno de ellos llamado Fernando Enriquez, y á quien Sol había despreciado siempre, juró saber el nombre y calidad del afortunado doncel, que hasta entonces ninguno conocía. Con este fin, al dar el reloj de la catedral las once de la noche, embozado en su capa y sin respetar la prohibición de andar por las calles de Sevilla á aquella hora, el joven Fernando Enriquez con los celos en el corazón y la espada en el cinto, se encaminó hacia la estrecha y tortuosa calle donde vivía el mercader Alsua.

## X.

EL HOMICIDIO.

El joven Fernando Enriquez llegó á la estrecha calle donde vivía doña Sol. Al principio su primera idea fué pedir cuentas á Sol de su amante; pero como no tenía ningún derecho él, á quien Sol había desengañado varias veces, creyó mas oportuno el esperar oculto en la esquina, y conocer al afortunado rival. Poco tiempo tuvo que esperar, los ecos del laud, señal convenida ya entre Sol y su amante, hicieron conocer á Fernando su presencia, y pudo percibir distinta y claramente esta conversacion:

—Tarde viene hoy el trovador; creí que ya me olvidaba.

—¡Olvidarte, hermosa Sol! ¿crees tú que eso es posible? Ni un solo instante, ni un solo momento dejas de estar presente en mi memoria.

—¿Pero cómo es que habeis tardado?

—El rey me mandó llamar.

—¿Pues qué sois de su servidumbre?

—Sí, Sol, ocupo un lugar elevado cerca de su persona, dijo con ironía el incógnito trovador.

—Si sois de la corte, pronto olvidareis á Sol por las hermosas damas que allí hay.

—Su hermosura no puede eclipsar nunca la tuya, Sol.

—¿Y me amais?

—¡Oh, eso con delirio!

—¿Y no habeis amado á ninguna?

—Jamás, á ninguna.

—No os creo.

—Puedes creerme, Sol, desde el momento en que te vi te amé, y sin tu amor no podré vivir. ¿Me amas tú?

—Sí, te amo; dijo doña Sol con voz casi desfallecida.



Don Fernando, al oír esta declaración que le quitaba toda esperanza, echó mano á la espada, y recatando el rostro, se dirigió hácia el sitio en que estaba parado el amante de doña Sol.

Al sentir éste los pasos de Fernando se puso en medio de la calle, y con voz enérgica preguntó:

—¿Quién vá?

—¿Qué os importa, hidalgo? le contestaron, dejadme libre la calle.

—Muchos humos gasta el embozado; ¿sabe hablar tan bien su espada como la lengua?

—Lo que sabe deciros es que dejéis franca la calle, y que si no lo haceis pronto, vereis como mi acero la despeja.

Y al decir esto echó mano á su espada. El amante de Sol le imitó, y al instante se cruzaron los dos aceros; á su choque despedían chispas, pero ninguno de los dos retrocedía. Los golpes eran tan vivos y repetidos, que mas que dos caballeros que peleaban, se hubiera dicho que eran diez ó doce aceros los que se cruzaban: si valiente era don Fernando, su rival no lo era menos, y parecía que toda su vida la había pasado en dar mandobles y cuchilladas.

Doña Sol dió un grito al ver cruzarse los aceros y cayó desmayada al lado de la ventana. Este grito llenó de rabia el corazón de los dos combatientes, y los golpes entonces se multiplicaron; empero pronto cesó la lucha, oyóse el grito de ¡soy muerto! y también se oyó al mismo tiempo el agudo chillido de una vieja que, despertada al ruido de las espadas, se había asomado á un ventanillo junto al tejado con un candil en la mano, y que al ver caer un hombre muerto, empezó á gritar ¡socorro! ¡socorro! desprendiéndose el candil de las manos, y viniendo á parar junto al cuerpo de don Fernando que acababa de espirar. Todo quedó en silencio por algunos momentos, el matador huyó precipitadamente, y solo al alejarse, la vieja oyó el ruido que hacían sus rodillas al andar.

—¡Dios mío! exclamó la vieja santiguándose, ¡quién lo creyera! y cerró precipitadamente la ventana.

Poco tiempo después, los vecinos ayudados de los criados de Alsua y de una ronda, levantaron el ensangrentado cadáver de don Fernando.

Las dueñas, al grito que dió doña Sol, acudieron en su auxilio y la llevaron á su cama donde estuvo sin volver en sí casi toda la noche. Su primer cuidado al volver en sí, fué preguntar el nombre del muerto, y si su padre se había enterado de algo. Las dueñas la dijeron que el jóven que había muerto no era el trovador sino don Fernando Enriquez, y que habían tenido mucho cuidado de cerrar la reja para que ni su padre ni los vecinos se enterasen de nada.

Sol les dió las gracias y les pidió la dejasen sola.

Cuando las dueñas salieron, se postró de rodillas delante de una imagen de la Virgen y la dió gracias por haber salvado la vida de su desconocido amante.

## XI.

### PESQUISAS.

No bien llegó á noticia del asistente Juan Pascual el suceso de la muerte de don Fernando, puso en movimiento toda su cohorte de alguaciles, pero sus pesquisas fueron inútiles, el nombre del matador estaba envuelto en un misterio impenetrable y que nadie podía comprender. Esto

hacia temblar de miedo al honrado Juan Pascual, pues sabía que el rey cumplía siempre sus palabras, y si en el término de veinte y cuatro horas no había descubierto el matador de don Fernando, peligraba su cabeza. Por mas pesquisas é indagaciones que hicieron los alguaciles, nada se pudo saber, y solo le llevaron el candil que hemos visto se le desprendió de las manos á la vieja y que se encontró al lado del cadáver. Pero el miedo de Juan Pascual se aumentó cuando el rey lo mandó llamar. Al entrar en su cámara, temblaba como la hoja del árbol cuando sopla el vendabal. El rey le mandó que se acercase, y frunciendo el entrecejo le dijo:

—Supongo, asistente, que tendreis ya noticia del homicidio cometido anoche, y que el matador estará ya preso.

—Señor, dijo Juan Pascual bajando la cabeza, no se ha podido dar con él, hasta ahora.

—¡Vive Dios! dijo el rey, que cumplís bien con vuestra obligacion, os prometí que si algun delincuente se escapaba lo reemplazaríais, y por mi nombre que lo sabré cumplir.

—¡Señor, piedad!

—No hay mas piedad que mañana el hacha del verdugo divide la cabeza del delincuente ó la tuya. ¿De qué han servido tus pesquisas, hay algun indicio?

—Ninguno, señor, solamente un candil que se ha hallado al lado del cadáver.

—¿Y qué piensas sacar de ahí?

—El candil tendrá dueño, y el dueño deberá conocer al matador.

—Marcha, y no olvides lo que te he dicho, ¡ó la cabeza del delincuente, ó la tuya!

—Está bien: no desconfío de descubrir al homicida.

Juan Pascual salió de la cámara, y llamando á los alguaciles les preguntó si habían averiguado algo. Todos contestaron negativamente. Entonces casi desesperado tomó la determinacion de averiguarlo él por sí, y tomando el camino de la plaza se dirigió hácia el punto donde se había hallado el cadáver de don Fernando. Después de haber mirado detenidamente las casas contiguas al lugar de la catástrofe, y de haber tomado declaración á todos los vecinos, casi ya perdidas las esperanzas se retiraba, cuando notó en la casa de frente á la que vivía Alsua y en una de las ventanas junto al tejado, una mancha ó reguero de aceite. Subió lleno de alegría, pues le importaba el negocio nada menos que la vida. Preguntó que quién vivía, y le contestaron que una vieja llamada Blasa y que tenía allí su miserable habitacion.

Llamó á la puerta y penetró en la estancia de la vieja. ¿Pero cual seria su admiracion al reconocer en Blasa la nodriza de su hija María? Entonces ya se creyó salvado. Blasa no podría nunca desear el mal de su antiguo amo.

—Blasa, le dijo Juan Pascual á la vieja, presta atención á lo que voy á decirte, pues de ello depende tal vez tu vida: no tengas cuidado que no te sucederá ningun mal si contestas fielmente y con verdad á mis preguntas.

—Podeis preguntarme lo que querais, ya sabeis los muchos favores que os debo y lo que quiero á María, mi hija de leche.

—Pues bien, dime ¿quién fué el matador de don Fernando?

—No lo sé, dijo asustada la vieja.



—¡Mientes, vieja maldita! ¡engendro del infierno! dijo el asistente levantándose de pronto, y sacando el candil que se encontró en la calle: ¡podrás negar que esta prenda es tuya.

—No, dijo temblando Blasa; pero el nombre del matador no lo sé, no le conozco.

—¡Mientes!

—Os juro que no lo conozco.

—¡Mientes! te repito, ¡mientes! tú quieres que mañana María se quede huérfana, te juro que antes morirás tú.

—Yo no quiero vuestro mal, señor asistente.

—¡No lo quieres, y no me dices el nombre del matador! pues sabe que el rey me ha prometido que de no descubrirlo, mañana ocuparé yo su lugar en el patíbulo.

—¡El rey! dijo asustada Blasa.

—Sí, el rey, y lo cumpliré.

—Bien hacen en llamarle el Cruel!

—Eso no, bruja, es solo justiciero, y sus enemigos solos le baldonan de esa manera.

—Pues bien, Juan Pascual, dijo Blasa haciendo un grandísimo esfuerzo, os voy á decir el nombre del matador, escuchad con atención!

Siendo yo joven, entré al servicio de la condesa de Peñafiel, aya del rey don Pedro, y la oí contar varias veces que recién nacido don Pedro se le cayó de los brazos, y le quedó un vicio en la rodilla, de manera que siempre que anda le va sonando la choquezuela.

—¿Y qué relacion tiene eso con lo que os pregunto?

—Que al matador cuando huyó le sonaba la choquezuela de las rodillas, y pude reconocer en él al rey don Pedro.

—Gracias, Blasa, dijo Juan Pascual, apretándola la mano con efusion, te debo mas aun que la vida.

Y mañana, dijo al alejarse, cuando me preguntéis, rey de Castilla, quién es el asesino de don Fernando Enriquez, os diré que la ley la debe acatar todo el mundo empezando por el rey.

## XII.

### QUIEN TAL HIZO QUE TAL PAGUE.

Acababa de dar la última campanada en el reloj de la torre de la Giralda, y ya la plaza estaba llena de gente esperando con ansiosa curiosidad ver la ejecucion del homicida de don Fernando. Había cundido por el pueblo que de no encontrarse el matador, el asistente lo reemplazaría, y como el pueblo es naturalmente novelero y aficionado á lo extraordinario, esperaba el desenlace de un drama que tanto escitaba su interés.

El asistente se presentó en el alcázar, y el rey le preguntó si había preso ya al homicida, á lo que Juan Pascual contestó afirmativamente.

—¿Qué hora has señalado para la ejecucion?

—La una, señor.

—¿Pero estás seguro de que el que has condenado es el verdadero matador?

—Señor, cuando recibí de mano de vuestra alteza la vara de la justicia, le prometí que todo criminal seria castigado, aunque fuese tan noble como el rey, la justicia es igual para todo el mundo.

—Te juro, le dijo el rey, si esta vez no te equivocas, concederte todo lo que me pidas.

—Pues bien, concédame vuestra alteza dos cosas; la

primera el perdon del reo, y la segunda el que ponga á vuestros pies la vara de asistente.

—¿El perdon del reo? ¡jamás! El verdugo ha de dividir su cabeza; pero Dios te libre que te equivoques y hayas condenado un inocente por el culpable, porque entonces morirás tú.

—Señor, no me equivoco, y os pido segunda vez su perdon, mirad, dijo Juan Pascual abriendo la ventana, ya marcha el reo al patíbulo.

El rey se asomó y vió pasar por debajo de su balcon una lúgubre y triste comitiva. Marchaban delante dos hileras de frailes con cirios encendidos, detrás el verdugo vestido de encarnado con el hacha al hombro y sus dos ayudantes, y por último un bulto cubierto con un velo negro, que parecía un hombre: sostenido por dos hermanos de la Congregacion de la Muerte, un piquete de arqueros á cuyo frente marchaba el capitán Velazquez cerraba la marcha de tan lúgubre y triste comitiva; el pregonero se paraba de cuando en cuando y repetía con una voz monótona estas palabras: «Esta es la justicia que el rey nuestro señor manda hacer en el homicida de don Fernando Enriquez. *Quien tal hizo que tal pague.*»

—¿Por qué va cubierto con un velo el criminal? dijo furioso el rey.

—Señor, es muy alta su nobleza y por respeto á su linaje he mandado que vaya cubierto.

—Si es criminal, dijo el rey, debe sufrir la vergüenza: que lo descubran. ¿Cuál es su nombre? dílo pronto, quiero saberlo..... ¡Su nombre!

Juan Pascual dió orden para que quitaran el velo que cubría al criminal. Entonces el pueblo de Sevilla vió con asombro la imagen de su rey.

—¡Esto es una farsa! gritó el rey irritado. ¡Os burlais, Juan Pascual!

—El matador, respondió Juan Pascual, es don Pedro primero de Castilla.

—¡Yo! dijo el rey demudado el color de su semblante.

—Señor, este candil hallado al lado del cadáver de don Fernando y que una vieja dejó caer desde su ventana, oyendo al mismo tiempo cuando huíais el ruido de los huesos de vuestras rodillas al andar, lo han descubierto todo. Ahora solo me falta me concedais lo que me habeis prometido: el perdon del reo.

—Está bien, te lo concedo, pero para que el pueblo sepa que la justicia alcanza á todos, te permito labrar mi busto y ponerlo en la esquina de la calle donde maté á don Fernando. Le maté en buena ley y provocado.

—Aun me falta que me concedais la segunda gracia que me habeis prometido, permitid que entregue la vara de asistente al conde Herrera y que yo me retire á vivir tranquilo los cortos dias que me quedan en mi casa, acompañado de mis hijos, Velazquez y María, bendiciendo continuamente vuestro nombre y rogando al cielo dilate vuestros dias para bien y felicidad de vuestro pueblo.

El rey concedió la gracia que pedía á Juan Pascual, diciéndole:

—Siento que me abandones, pero he dado mi palabra y nunca falto á ella. ¡Un gran juez pierde Sevilla!

—¡Viva el rey! gritó Juan Pascual, dirigiéndose al pueblo.

Todos repitieron la misma aclamacion. Media hora despues la plaza quedaba desierta.



## XIII.

## LA CABEZA DEL REY DON PEDRO.

Juan Pascual se retiró á su casa del camino de Castilleja y vivió feliz en compañía de María y su esposo Velazquez. Tres años despues de los sucesos que acabamos de contar murió en brazos de sus hijos, feliz y bendiciendo á don Pedro de Castilla que le habia colmado de beneficios. Cuando don Pedro supo su muerte, se volvió al duque de Alburquerque, y le dijo:

—He perdido uno de mis mas leales vasallos.

—Aun os queda otro, contestó Velazquez, yo he jurado sobre el lecho de muerte de mi padre Juan Pascual el morir por vuestra alteza.

—¡Gracias! le respondió el rey.

El capitán Velazquez cumplió su palabra, y cuando don Pedro murió á manos del fratricida don Enrique, en la tienda de Montiel, el último que le abandonó fué Velazquez, y tal vez el único que derramó lágrimas sobre el cadáver

ensangrentado de su rey y señor, que no abandonó hasta depositarlo en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid, donde aun existe enterrado en uno de sus claustros.

En el año de 1848, yendo yo á Sevilla, visitando sus monumentos, vi colocada aun en la calle del *Candilejo* una estatua que representa al rey don Pedro. Deteriorada por el transcurso de los siglos y la inclemencia de los tiempos, pero que aun conserva aquella fisonomía adusta y que mas de una vez me hizo recordar estos versos de una de las glorias de la poesia española de nuestro siglo, el señor don Angel Saavedra, duque de Rivas, mas Grande aun por su talento que por su cuna, en su romance: Una antigalla de Sevilla.

Del Candilejo la calle  
desde entonces se intitula  
y el busto del rey don Pedro  
aun está allí y nos asusta!

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

## EL ESCRUPULO.

## VIAGE ALREDEDOR DE UN DEDO DE UNA MARQUESA.

La marquesa de Luxale estaba recostada en un gran sillón, rodeada de un círculo numeroso de hermosas jóvenes y de galantes caballeros. La marquesa tenia sesenta años, y era muy habladora, pero se espresaba tan bien, que su talento era envidiado de todos. Parábanse á veces, y dejaban de bailar por oírle referir las mil anécdotas del tiempo de la Regencia, y la relacion de las costumbres y trages de las cortesanas.

El doctor Premarey acababa de entrar en el salón.... Reinaba en él una gran tranquilidad.

—Busco que deciros, contestaba la marquesa, y no se qué.

—Nada, dijo el doctor, consultad vuestros recuerdos.

—Por mas que cavilo, no puedo dar con ello.

—Si yo os ayudase.... replicó el doctor.

—¿No teneis nada que contarme vos mismo?

—Si me proveeis de documentos.

—Con mucho gusto.

Tomó entonces el doctor la mano derecha de la marquesa, y se apoderó del dedo índice.

Entonces advertimos en el dedo tres sortijas, las tres muy diferentes de hechura y de modelo.

—¿Me permitireis hacer un viage alrededor de este dedo?

—Doctor, dijo la marquesa, sois muy indiscreto, y...

—Vaya, no vayais á reñirme... No hablaré sino con vuestro permiso, mi antigua amiga.

—Vamos, pues, dijo la marquesa, os lo permito, puesto que habeis escitado la curiosidad de todas estas señoras.

—Hará unos treinta años, que yo era médico mayor de una casa de locos, en donde se curaban todas las enfermedades de moda, el esplin, los vapores, etc. La señora marquesa alejada de sus parientes, se habia refugiado allí;

hermosa, fresca como una rosa, amable y siempre risueña, hubiese podido servir de modelo en la casa.

—¡Adulador! interrumpió la marquesa.

—De modo que, continuó el doctor, se hizo muchos amigos. Entre las señoras que buscaban su sociedad, sobresalía una tal lady Enriqueta, una inglesa, viuda, encantadora, rubia, digna del pincel de Lawrence. Era esta de una naturaleza sentimental, de imaginacion ardiente, y á la cual la lectura de novelas habia trastornado al gun tanto... Sin embargo, tenia un corazon excelente, brillante organizacion y una educacion esmerada; en fin, todas las cualidades que reúne una muger interesante, por lo que era envidiada de muchos. Un dia, me acuerdo como si fuese hoy, me avisaron la llegada de un joven que habia sido eficazmente recomendado á mis cuidados. Habia sido este trasportado á la casa de locos en un coche, y casi sin conocimiento. Tan pronto como supe su llegada me presenté á él. Una muger anciana lloraba á la cabecera de su cama.

—Señor, me dijo, me he provisto de una carta del prefecto de "... que os recomienda á este joven. Unicamente yo deseo que se observe con él una reserva indispensable: que no traten de saber su nombre.—Señora, la contesté, la recomendacion de mi íntimo amigo el prefecto de "... me basta, veamos al enfermo. Lo examiné; estaba atacado de una especie de enagenacion mental, momentánea; la pulsacion era frecuente y su piel estaba ardiente...

—¿Si yo le hiciese una pequeña sangría?

—¡Oh! Dios mio, exclamó la anciana ¡sangre! guardaos bien de sangrarle... moriría en vuestras manos.

—Pero todavía está fuerte y robusto, una sangría no puede producir sino buenos resultados.

—¡Oh! señor, dijo la anciana ¡sangre no! ¡mi operacion!

—Señora, le contesté, solo yo debo de ser juez de lo que al enfermo conviene. Si no puedo obrar con toda voluntad, podeis confiarle á otras manos.

La pobre viendo que me habia ofendido me dijo:



—Pues bien! señor, obrad como mejor os parezca, pero que no vea lo que haceis, os lo suplico.

—Retiraos, señora, nadie debe aproximarse ahora al enfermo... Quiero solo estudiarlo y tratar de curar su moral.

La buena muger se retiró recomendándomelo mil veces y reclamando mi discrecion.

El enfermo tenia siempre pintado en sus ojos el furor y con la espuma en la boca. No comprendia nada de lo que se hacia alrededor suyo, ni lo que se hablaba.

Lo sangré.

Cuando se terminó la operacion volvió en sí... y me dijo:

—¿A dónde me han traído? ¿estoy tal vez en el Hotel de Ville ó sobre el cadalso?... ¿Está pronto el instrumento de muerte?

—Aquí no hay nada de todo eso, aquí no hay mas que gentes que tendrán mucho cuidado de vos y que os curarán.

—¿Quién sois vos, pues?

—Soy vuestro médico.

—¡Ah! pues bien, yo haré todo lo que me mandeis; pero nada de cadalso ¿no es verdad?

—¿Qué locura!... Desechad semejantes pensamientos de vuestra imaginacion. A vuestra edad no hay mas que flores.

—Flores, contestó lleno de un acento de alegría infantil.

—Sí, un hermoso jardín lleno de flores raras, adornado con calles de árboles en donde se puede pasear con un libro en la mano, cuando está uno curado... amables señoras, hombres instruidos.

—¡Oh! doctor, exclamó, yo me curaré y seré muy dócil.

Muy pronto toda la casa se interesó por este enfermo misterioso. Le queríamos como si fuese hermano, se hacia llamar Eugenio. Era un hermoso jóven, pálido y moreno como Chatterton, tenia aire medio militar y eclesiástico, las manos finas como las de una muger, piel de niño, era en fin, en toda la estension de la palabra, un hermoso jóven. Nuestra buena amiga la marquesa sostuvo en su convalecencia sus primeros pasos. El pobre jóven, en muestra de reconocimiento, le dió esta sortija; vedla aquí.

Y el doctor nos enseñó un pequeño camafeo montado en oro y esmalte, segun la moda de aquel tiempo; era ésta una de las sortijas de la marquesa.

—El hermoso Eugenio, aunque curado de su estraviada razon, estaba siempre pensativo, continuó. Unos decian que esto provenia de alguna inclinacion contrariada; otros pretendian, que, como todos los genios desgraciados, era hijo de algún gran señor.

De todas las señoras de la casa de locos, lady Enriqueta Belly, fué la que guardó sobre el hermoso incógnito el mas discreto silencio. Al verla tan reservada respecto á este objeto eterno de la conversacion, se la hubiese podido atribuir indiferencia. Pero no habia nada de eso... Lady Enriqueta se interesaba mucho por Eugenio, en razon á su tristeza misma.

Muy pronto este interés, no fué para nadie un misterio, Enriqueta hubiese querido ser útil á este jóven melancólico, que estaba dotado de tanto talento. Pero Eugenio siempre silencioso, estaba cada dia mas melancólico.

Jamas quise fastidiarle con mis preguntas, y nunca le pregunté de dónde venia cuando le trajeron á la casa de locos. Sin embargo, una ocasion se presentó para hablar

de ello. Pidió un dia al criado el vestido que habia traído cuando vino.

—Señor, contestó el criado, no está limpio.

—¿Pues qué tiene, Sebastian?

—Señor, está lleno de manchas de sangre.

Eugenio no preguntó mas... se puso pálido... algunos instantes despues se marchó.

Pedí secretamente á Sebastian este vestido para volverle á la madre de Eugenio, pero en realidad para examinar esas manchas... Nuestros conocimientos en medicina legal nos permiten con frecuencia adivinar la verdad por vestigios incomprensibles á la mayor parte de los mortales. Estas manchas provenian de una herida... y Eugenio no habia sido herido... la llaga habia de haber sido grande... mayor que la que se puede hacer con una espada.

¿Seria Eugenio un asesino? ¿Se escondia tal vez? ¿Procuraba escaparse del rigor de las leyes? ¿Habia arrancado por sorpresa á mi amigo el prefecto su carta de recomendacion?

En este intervalo, lady Enriqueta habia recibido de Eugenio un regalo en prueba de gratitud, ella nos lo enseñó; era este un segundo anillo, talisman de la mas simple y tierna amistad, de un sentimiento de simpatia digno de corazones selectos, hechos admirablemente el uno para el otro.

La sortija de Eugenio, dijo el doctor sacando un segundo anillo del dedo de la marquesa, vedlo aquí, parece un anillo de boda.

—El desconocido habia dicho á lady Enriqueta.

—Un espeso misterio, un obstáculo terrible me impide el esperar ser jamás vuestro esposo, pero al menos esta sortija me hace esperar el que os acordeis de mí cuando ya no esté á vuestro lado. Viéndola, os direis que mi corazon os es fiel, y que no ha cesado de perteneceros.

La comarca que habitábamos estaba lejos de Paris, pero recibimos siempre las gacetas publicas.

Un dia se leyó en el salon que la justicia se habia apoderado de un asesino que habia confesado su crimen.

Eugenio se puso pálido en estremo.

—Todavía uno, dije yo, que espíará su falta en el cadalso.

—¡El cadalso! exclamó. ¡Oh! ¡qué horrible tormento!

—¿Pero no es justo que el que mata se le mate? dije yo mirándole fijamente.

—No, contestó Eugenio, esto es muy severo, el hombre no debe judicialmente matar á su prójimo; castigar la muerte con la muerte es tal vez sobrepasar los derechos de la humanidad, usurpar el poder divino... Encerrad al asesino, no le mateis.

Y salió del salon, con una terrible agitacion.

Ocho dias despues recibimos la visita del procurador del rey de la vecina ciudad, que preguntó por Eugenio y queria hablar con él en secreto.

Lo que hablaron nadie lo supo... Unicamente lo que se oyó fueron las súplicas del jóven, sus lágrimas, sus gritos... Al dia siguiente se marchó para no volver mas.

Lady Enriqueta le esperó un año... Pero no volvió... ni tampoco escribió. La pobre muger iba decayendo insensiblemente, su hermosura se alteró, y una enfermedad larga le sobrevino. Yo le aconsejé, desesperando de todo remedio, el que fuese á tomar el aire á su pais nativo. Y se marchó.

Dós meses despues, la marquesa, que estaba entonces en su palacio de Paris, recibió una carta de los parientes



de la amable inglesa; en ella se contenía, según la costumbre británica, una sortija... una sortija mortuoria; es la última de este dedo; vedla, el anillo de Eugenio estaba junto á ella.

Esta última sortija era de esmalte negro montada en oro macizo, al rededor de la cual se leía:

*Lady Bell muerta á los veinte y cinco años, el 17 de agosto 18.....*

El doctor habia cesado de hablar.

—Si.

—¿Que se ha escondido muchas veces para no ejercerlo?

—Justo.

—¿Claro está! ¿quién no le conoce? A poco se muere el día que lo ejerció.

—¿Cuál es pues?

—Es el antiguo verdugo. Desde la supresion del heredero forzoso de sus funciones, ha hecho su dimision y



La marquesa de Luxale.—Lady Enriqueta.—Lady Bell.

—¿Y Eugenio? dijeron todas las señoras del salon. ¿Eugenio qué ha sido de él?

—¡Ah! Eugenio, contestó el doctor, como narrador que conoce sus efectos, le he encontrado diez años despues en Tours, gordo y colorado; pasó al lado de mí sin conocerme.

—¿Conoceis á ese señor? pregunté á uno que pasaba.

—¿Ese vestido de negro, que no quería el oficio de su padre?

marido de una jóven labradora, vende granos al por mayor y sube ó baja á su placer los cereales.

En aquel momento la contradanza volvió á empezar. El doctor puso las tres sortijas en el dedo de la marquesa.

—Doctor, dijo ella enjugando los ojos, me habeis escitado terriblemente todos los nervios.